



Solidaridad con Puerto Rico*

Angel Rama

A fines de los años 60 hice mía la cultura puertorriqueña, como una invaluable parte de la gran cultura latinoamericana en marcha, y desde entonces me he sentido solidario con la larga y dura lucha de sus admirables figuras intelectuales para conservarla viva, defenderla y acrisolarla, en las más difíciles circunstancias que se conozcan en Nuestra América.

Fui a la isla para hablar de la impetuosa narrativa que pronto habría de conquistar al mundo todo y descubrí con azoro lo poco conocida que era allí y la sorpresa que provocaba mi orgullo de latinoamericano, justificado orgullo por la espléndida aportación que nuestras letras venían haciendo, en una palmaria demostración de nuestras energías creadoras. Como bien señala Rubén Berríos en este libro, ha sido recién en las últimas décadas que se ha producido el reencuentro de la cultura puertorriqueña con sus hermanas del continente, por haber sido mantenida apartada a la fuerza de su natural ubicación dentro del poderoso cuerpo latinoamericano, por haber sido engañada con una prédica que solo mostraba de América Latina los puntos oscuros (¡como si ellos no existieran dentro de la propia isla!) e ignoraba las prodigiosas invenciones de una cultura original y fuerte. Lo percibí de modo flagrante en una reunión de expertos que convocó la UNESCO en Lima para que diseñáramos un plan de estudio de las culturas latinoamericanas, cuando al concluir nuestro trabajo, el representante de UNESCO, que era un intelectual de toda solvencia, el escritor francés Roger Caillois, nos dijo que habíamos cometido un error al incluir en nuestro plan a Puerto Rico, cosa que

todos los allí presentes habíamos hecho espontáneamente, como algo que iba de suyo. Tal como nos explicó —visiblemente embarazado y más aún por nuestra consternada indignación— a Puerto Rico le correspondería su momento cuando la UNESCO, prosiguiendo su plan, acometiera el estudio de ¡las culturas anglosajonas! Todo el drama puertorriqueño se corporizó entonces sobre nuestra mesa de trabajo. Vimos el desnudo de las desdichadas circunstancias que venían dificultando la vigorosa expansión de un pueblo creativo, ardiente, lleno de vida.

Pertenezco al grupo de quienes creen que las culturas son las más altas expresiones de un pueblo, por encima de las economías o las políticas, porque es en aquellas donde se juega a fondo y comunitariamente, la verdad de lo que un pueblo realmente quiere y es. Compartiendo el pan y la sal de los puertorriqueños, pude medir la irrefrenable potencia de lo que debe llamarse correctamente *la nación puertorriqueña*, algo que nada ni nadie podrá borrar del mapa, pero algo que está visiblemente frenado y enturbiado por el yugo político, económico y social que se le ha impuesto. El potro ha sido embridado para que no corra arrogantemente por el mundo y aun se le ha persuadido de su presunta debilidad, para que no ejercite sus músculos y los desarrolle en una libre carrera. Muchos, atemorizados ante los riesgos de la libertad, habían aceptado la domesticación, pero observando con atención sus comportamientos, era posible percibir cuándo no estaban dispuestos a transigir: era cuando sentían vulneradas las fibras de su nacionalidad y de su identidad histórica. Me habían prevenido que sus clases cultas hablaban un spanglish, y encontré en cambio que usaban un cimbreante español americano, con no más anglicismos que los galicismos

* Prólogo al libro de Rubén Berríos, *Puerto Rico: Latinoamérica irredenta*, a publicarse este año por el Partido Independentista Puertorriqueño.

que usábamos en el sur, y que incluso habían hecho algo que no existe en ningún otro país hispanoamericano: habían instituido un día anual consagrado a la lengua, para testimoniar su enraizamiento en esa altiva lengua española que nadie había podido arrancarles de la boca. Leí los libros de su larga literatura, descubriendo con sorpresa (y aun con reprobación) que era la única en América Latina que no registraba la influencia de los grandes escritores norteamericanos del siglo XX y que, vista su desconexión con las letras latinoamericanas, enfrentaba solitariamente las más ásperas batallas. Registré el tenaz esfuerzo de recuperación crítica de un pasado escondido o mutilado, que nos ha proveído de una de las más importantes tareas historiográficas y sociológicas que se hayan hecho en América.

No sé lo que mis alumnos hayan aprendido de mí, pero yo sí aprendí mucho de Puerto Rico. La invocación a la bandera, al himno nacional o a los símbolos patrios, en que yo había sido educado, me parecía cargada de retórica y de insinceridad. Sólo pude saber cabalmente lo que esos instrumentos representan, cuando percibí la emoción de la muchedumbre al ver alzarse el pabellón nacional puertorriqueño, al oír la entonación de los cantos patrios, al leer el conmovido discurso de Albizu Campos sobre la bandera. Era la inmensa mayoría del pueblo la que se sentía reunida orgánicamente por el sentimiento nacional, más allá de las divisiones políticas, pero eran los independentistas quienes traducían con mayor coherencia esta fuerza sobre un plano, más que meramente político, profundamente espiritual. Pues el drama puertorriqueño radica en ese desacuerdo entre las hondas apetencias nacionales, esas que vienen por la sangre impetuosamente, y las estructuras intelectuales, políticas, sociales y económicas, que todavía no han logrado traducir positivamente esas fuerzas comunitarias. Hoy, con mucho más vigor que en 1868, nadie puede atreverse a negar la existencia de la *nación puertorriqueña*, que, como muchas otras de América y del mundo, se divide en sus dos grandes ramas: la nativa y la de la emigración. Pero esa nación carece de su propio documento de identidad.

Yo venía de un muy pequeño país de Sudamérica (Uruguay) con una población no mayor de la de Puerto Rico, que había logrado establecer un modelo de vida democrática y de equilibrada distribución de su ri-

queza, gracias a una inteligente concepción social-demócrata establecida mucho antes de los famosos ejemplos europeos. Aunque nos parecía ya insuficiente y bregábamos por su perfeccionamiento, nunca se nos había ocurrido la peregrina idea de que para lograrlo debíamos renunciar a nuestra soberanía y a nuestra independencia. Estaba de sobra demostrada la solvencia del país, que tenía uno de los mejores standards de vida del continente y que mediante oportunas transformaciones estructurales permitiría acrecentar la riqueza de la nación y ampliar la participación en ella de la ciudadanía. El debate que encontré en Puerto Rico, me había de sonar, por lo tanto, a casuística marcial, pues si nadie negaba la existencia de la nacionalidad, en cambio se negaba empecinadamente la viabilidad económica de la nación.

En este libro, Rubén Berríos, reconociendo previamente la arbitrariedad del debate, demuestra conclusivamente las ventajas económicas de la independencia. Pero suena terrible que se haya visto obligado a hacerlo, pues eso patentiza la distorsión de la vida espiritual isleña, la cual jamás podría justificar ni un intelectual ni un político norteamericano, visto que proceden de un país que hizo la primera revolución independentista y democrática de los tiempos modernos, para luego encarar, a partir de estos poderosos instrumentos de acción, su musculoso desarrollo económico.

Pues los asuntos importantes, los asuntos claves de cualquier nación, son los espirituales o culturales que le confieren identidad y coherencia. Son las vivencias profundas que constituyen el fundamento secular de la construcción histórica, tal como en todas las escuelas del continente se sigue enseñando con las palabras de los libertadores, Simón Bolívar, Morelos, San Martín, Artigas o Washington. Sólo Puerto Rico en toda América, está exceptuada de esta lección básica, a pesar de que ahí están las palabras de Betances y de Hostos, y de los patriotas que acompañaron a Martí en la cruzada libertadora, para marcar el rumbo de la nación libre y soberana. Al himno de la libertad latinoamericana sigue faltándole una estrofa y es este anacronismo, unido al hecho de que sea el país de la Constitución de 1776 el que ejerce el colonialismo vergonzante, lo que ha motivado que las fuerzas democráticas de América Latina hayan intensificado su solidaridad con las fuerzas independentistas de Puerto Rico en las últimas décadas.

Puerto Rico será sin duda independiente un día, vista la fuerza y creatividad de su pueblo que ha logrado diseñar una nación original en las más ásperas circunstancias conocidas y ha robustecido su cohesión espiritual. Pero cuanto más se retrase ese día, más perjuicio padecerá su desarrollo histórico. Esto encarece la extraordinaria tarea de sus guías, de sus "amautas", a los cuales pertenece Rubén Berríos.

El pertenece a un linaje esclarecido de su patria, tal como queda evidenciado en la progresiva organización de este libro, que pasa de los fundamentos espirituales de la nación, de la historia del coloniaje, al redescubrimiento de los grandes padres de la patria (Hostos, Albizú Campos, Concepción de Gracia). Esta tradición ardiente y a un tiempo equilibrada, comprensiva de la entraña del pueblo, vive en él. Es hijo de ellos y, por lo mismo, padre de nuevos hijos esclarecidos. Y por eso es obligadamente hijo de José Martí, cuya fe y cuyo acento estremecido resuenan en la prosa vibrante de un hombre que más que escribir, está hablando a sus compatriotas, con-viviendo con ellos, diciéndoles y diciéndose, "con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar". A muchos latinoamericanos, les evocará el inflamado verbo de los Libertadores y no en vano este libro está ofrecido al mayor de todos, al fúlgido Simón Bolívar, en el bicentenario de su nacimiento. Pues este joven héroe ha recorrido el camino que en las últimas décadas han transitado progresivamente los puertorriqueños, para recuperar la Gran Patria Latinoamericana a la cual pertenecen y, simultáneamente, la modernidad democrática del mundo presente. Este ingente esfuerzo de actualización histórica define hoy la perspectiva renovadora en que se han situado Rubén Berríos y su movimiento de libertad.

La originaria fuerza del *independentismo* se ha aliado a otras dos fuerzas que componen el horizonte regional y mundial, el *latinoamericanismo* y el *socialismo*, integrando así la tríada doctrinaria de un nuevo tiempo para Puerto Rico. Descendiente de aquellos padres de la patria, no ha querido ser mero repetidor de sus palabras, sino que ha buscado ser fiel a su espíritu. En nada los niega, sino que los interpreta y vivifica, cuando vincula estrechamente el ansia de independencia a la integración

con América Latina y al proyecto de ese socialismo, de justicia y libertad, de progreso y de democracia, al que yo, como tantos otros hombres de América, han apostado como la realista vía que asegure nuestra soberanía y permita nuestra afirmación civilizada más plena. Aunque decirlo, en estos momentos, permite diseñar una esfera aún más amplia, la de la *Hispania* (España y Portugal) que expandió a través del Atlántico una comunidad rica y briosa, a la cual pertenece la América Latina como uno de sus hemisferios componentes. La expectativa del socialismo que a un lado y otro del Atlántico, nueve a los pueblos de la gran comunidad hispánica, a los que el poeta definió como "la sangre de Hispania fecunda", es la vía para asentar la auténtica democracia y la auténtica soberanía: económica en los países hispanoamericanos ya soberanos, económica y política en el caso de Puerto Rico. Por eso la lucha que lleva adelante con arrojo Rubén Berríos, es exactamente la misma de las fuerzas democráticas de la península ibérica y de la América Latina. Y en la medida en que él ocupa el más difícil y más avanzado puesto de lucha, reuniendo la antigua demanda de soberanía política a la nueva de soberanía económica, descubriendo que son la misma cosa, la misma pelea nacional de los pueblos latinoamericanos, es más obligada la solidaridad con él y con todos los puertorriqueños que bregan por los mismos fines.

Más aún porque una de las mayores llagas de nuestro continente, ya prevista lúcidamente por Simón Bolívar, han sido las exacciones imperiales y el intervencionismo militar y económico de los Estados Unidos en América Latina. Pensando en eso, José Martí concibió, a fines del siglo pasado, la idea de que el fiel de la balanza y el equilibrio latinoamericano, pasaban por la independencia de Cuba, y que su destino histórico era ser el baluarte contra el intervencionismo. Hoy, un siglo después, ese fiel de la balanza pasa por Puerto Rico. Su destino nos concierne a todos los latinoamericanos. Así lo certificó en su declaración final el *Congreso sobre el pensamiento político latinoamericano* que, convocado por el gobierno de Venezuela, se celebró en Caracas reuniendo a las plurales fuerzas democráticas del continente en 1983. Estas vinieron a decir que Puerto Rico es parte indesarraigable de América Latina, que su destino es nuestro destino.